

Desde luego, lo acontecido con los desaparecidos del Palacio de Justicia no es un hecho accidental, sino “el producto de una máquina en movimiento debidamente planeada y organizada” (pág. 157).

El otro aspecto que se recrea con sumo cuidado en esta novela es el de la tragedia de los familiares de los desaparecidos, todo su sufrimiento cotidiano desde el mismo instante en que comprobaron que sus esposos, hermanos, hermanas, padres, primos, sobrinos habían desaparecido. Todos ellos sufren una condena que arrastran hasta el final de sus días, la de vivir sin los otros, una condena que como una cadena de dolor llevan consigo miles sino millones de colombianos. Bety, la esposa de Ramiro Díaz, lo dice con profundo sentimiento: “quién se había tomado el derecho de condenarnos a vivir sin los otros” (pág. 157).

Algunos dirán algo similar a lo que se ha dicho en forma reiterada sobre *Cien años de soledad* con relación a la Masacre de las bananeras, que ese hecho nunca existió y que solo ha sido producto de la imaginación desbordada de su autor. No sobrarán, en esa perspectiva, quienes digan que todo lo que menciona González Santos es una invención, que es producto de la ficción, o que es pura literatura. Eso difícilmente es defendible, por la sencilla razón que en Colombia la cruda realidad es tan inadmisible, que a la larga resulta ser más novelesca que la ficción más imaginativa.

Para terminar, debe recalcar un hecho en apariencia secundario pero pleno de significado. Una de las desaparecidas, Cristina Guarín, era licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional y el autor de este gran libro también es licenciado de esa misma universidad. Y aunque la protagonista del libro no sea la educadora que fue borrada de la vida y lanzada a las brumas del olvido, con esta obra se le está rindiendo un tributo a una persona que es parte entrañable de la memoria de la comunidad universitaria que forma

educadores en el país, comunidad a la que también me enorgullezco de pertenecer.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Una verdad que incomoda

**El Palacio de Justicia.
Una tragedia colombiana**

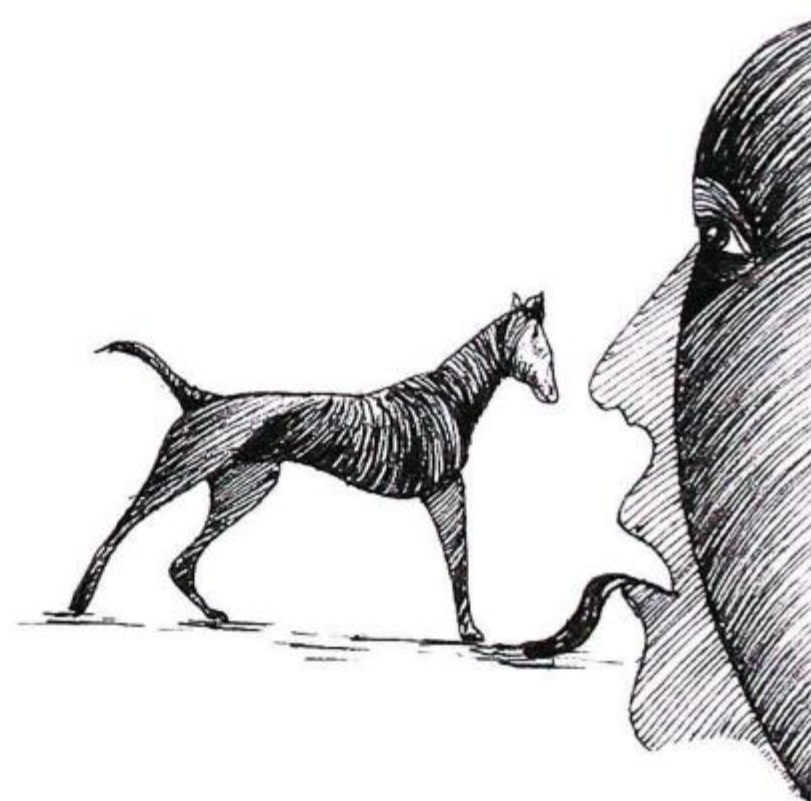
Ana Carrigan

Icono Editorial, Bogotá, 2009,
362 págs.

La memoria se ha convertido en un tema importante, tanto en las ciencias sociales, como en la actividad política en muchos lugares de nuestro continente, porque ha sido una forma de resistencia y lucha contra la impunidad de los crímenes de Estado. Diversos países de América Latina sufrieron en carne propia crueles dictaduras, anticomunistas y de seguridad nacional, respaldadas por los Estados Unidos, tales como fueron los casos de Guatemala, Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Bolivia, Paraguay, Nicaragua, Salvador, Haití, Honduras... En estos países se destruyeron a sangre y fuego procesos de democratización y/o de liberación nacional, borrando de paso cualquier posibilidad de construir otro modelo de sociedad que beneficiara a las clases subalternas. Por esta razón histórica, la reivindicación de la memoria y la simultánea lucha contra el olvido —promovido por los poderes dominantes a escala nacional en cada país y en el plano internacional por los Estados Unidos— se han constituido en un importante asunto político que apunta a rememorar la historia de los vencidos y a desenmascarar a los responsables de los genocidios que han enlutado a América Latina en los últimos decenios.

En el caso de Colombia, en los temas de verdad y memoria ha co-

brado especial significación uno de los hechos más traumáticos de nuestra historia contemporánea, como fue la toma y destrucción del Palacio de Justicia durante los días 6 y 7 de noviembre de 1985. Sobre este acontecimiento, —en medio de muchas dificultades y superando obstáculos de diversa índole— se ha librado una doble acción: por un lado, el intento de reconstruir la verdad de lo que aconteció en el interior del Palacio de Justicia y, por otro, la movilización de los familiares de las personas desaparecidas en la niebla de la impunidad de esos fatídicos días para establecer donde están sus deudos. Sin duda, estos procesos han dado un gran paso adelante con la publicación en español del libro de Ana Carrigan sobre la tragedia del Palacio de Justicia.



Ana Carrigan, una periodista colomboirlandesa, hace una significativa contribución a la historia y a la memoria del país, al rastrear la verdad de lo que aconteció durante aquellas fatídicas 28 horas de noviembre de 1985. Carrigan se obsesionó con el tema desde el mismo día de los hechos, porque estaba en ese momento en Bogotá, y pudo captar el tenso ambiente que se respiraba en la capital, mientras ardía el edificio que albergaba a lo más granado de la rama jurisdiccional. Desde ese momento, ha dedicado gran parte de su vida a desentrañar lo que allí sucedió, puesto que aún después de publicar la primera edición del libro en inglés, en 1993,

continuó con la investigación, incorporando nuevos datos, testimonios y documentos a la versión del libro que se publica por primera vez en Colombia en el 2009. Sobre esta incesante búsqueda nos informa:

[...] desde el fondo del palimpsesto de la invención y la distorsión impuesta sobre los hechos por los promotores institucionales, han venido saliendo a la luz pedacitos de la historia no contada: rasgados, desconectados, petrificados, como los fragmentos de una pesadilla viva y caótica; estos breves vistazos sobre la verdad de lo que ocurrió siguen persiguiéndome [...]. [pág. 19]

El libro fue escrito a partir de un cúmulo impresionante de fuentes, entre las que se encuentran testimonios de personas que salieron vivas, de puro milagro, del Palacio, entrevistas, expedientes judiciales, archivos de prensa, radio y televisión, documentación oficial y las grabaciones de las conversaciones de los militares que dirigían la retoma, que fueron conocidas por la autora desde finales del decenio de 1980, pero que en Colombia solo se hicieron públicas veinte años después de los sucesos. Un aporte documental significativo en el que se apoya el libro es el de la reconstrucción que hizo un equipo de Medicina Legal, cuyos nombres por supuesto se mantienen en reserva, que tuvo acceso a los cadáveres que llegaron desde el 6 de noviembre, y pocas horas después de que había concluido la masacre pudo ingresar al Palacio de Justicia, lo cual le permitió reconstruir, de manera técnica, el esquema general de lo acontecido allí dentro. Durante veintitrés años la autora fue acopiando información, datos, testimonios, para armar el rompecabezas de lo que sucedió dentro del Palacio de Justicia y reconstruirlo en forma verosímil.

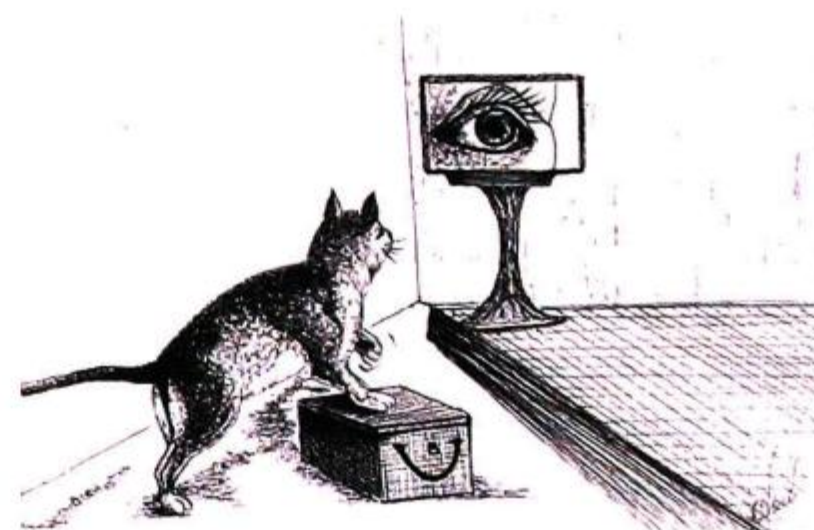
El libro está escrito con un lenguaje claro y directo, a la manera de una crónica periodística, que lo torna atractivo para cualquier lector. Es un texto distante de la falsa erudición y de los rodeos académicos, pero riguroso y muy bien documen-

tado, donde se narra con pasión cada uno de los detalles del suceso, para brindarnos un cuadro completo, con todas las piezas del rompecabezas, de tal forma que nos hace revivir, con dolor, lo que pasó en el interior del Palacio de Justicia y en los lugares directamente relacionados, como el Palacio Presidencial y la Casa del Florero. En este trabajo, la autora no asume la postura facilista, típica de la mayor parte de los periodistas, del que no quiere comprometerse con su tema de estudio y pretende ser "neutral" y "objetivo", sino que, por el contrario, con mucha humildad, recrea el drama humano que se vivió dentro del Palacio y reconstruye los sentimientos que experimentaron quienes terminaron encerrados en ese socavón de la muerte.

El libro es un tributo a la grandeza de muchos seres humanos, que soportaron con dignidad sus últimos momentos vitales, entre quienes se encuentran funcionarios de la rama judicial, altos magistrados, guerrilleros del M-19, trabajadores y empleados anónimos del Palacio. Pero también, es una denuncia de la miseria y postración de personajes que ostentaban altos cargos en la dirección del país, y que se caracterizaron por su conducta pusilánime, acomodaticia y cómplice y copartícipe con la masacre que se estaba realizando a pocas cuadras de donde ellos se encontraban, es decir, en la sede presidencial. Además, la autora denuncia la manera como la casi totalidad de estos individuos, para lavarse las manos y salvar su responsabilidad, contribuyeron a construir la verdad oficial de lo sucedido.

En ese sentido, este libro es un microlaboratorio, porque a la par que desmonta como si utilizara un fino bisturí, pieza por pieza, todas las mentiras de la versión oficial, va armando el rompecabezas de lo que sucedió, con pruebas y argumentos contundentes, que demuelen los prejuicios y falsedades que se vienen repitiendo sobre los sucesos del Palacio de Justicia desde hace más de un cuarto de siglo. Su esfuerzo no ha sido en vano, porque ha estable-

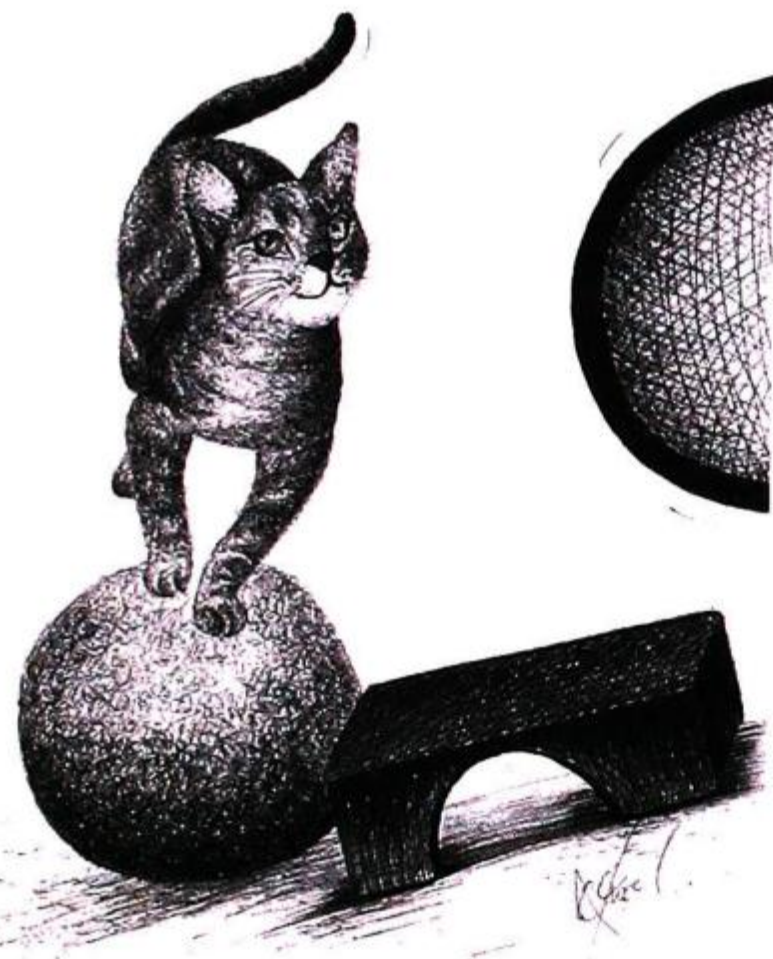
cido la verdad, una palabra a la que no le tiene miedo, porque sabe todo lo que se esconde tras la misma. Y el desciframiento de la verdad en el caso analizado tiene un profundo alcance, porque significa desmontar la historia oficial, basada en la mentira y la falsificación, que se urdió desde el mismo 6 de noviembre y contribuir a construir, como parte de la justicia histórica, lo que realmente sucedió, algo necesario para proceder contra los victimarios.



La trama del libro está presentada como si fuera una obra de suspense en quince capítulos finamente contruidos e hilvanados entre sí, que se inician desde mucho antes de los sucesos de noviembre de 1985. La autora nos traslada por otros lugares del país, como la costa Atlántica y al Valle del Cauca, donde se desenvolvió la vida de Andrés Almarales, el líder de la toma. Una cuestión interesante al evocar estos sucesos del contexto histórico del país radica en la forma como la autora analiza el impacto social de tres acontecimientos que marcaron la historia de la violencia colombiana en el siglo xx: la masacre de las bananeras (diciembre de 1928), el asesinato de Gaitán (abril de 1948) y la toma del Palacio de Justicia (noviembre de 1985). Para Carrigan, estos tres sucesos se encuentran ligados entre sí y en este sentido, la tragedia del Palacio no es un acontecimiento aislado, sino la expresión de una época, y por ello su reconstrucción es imprescindible para comprender esa época, que aún no termina.

La autora reconstruye la preparación y antecedentes de la toma por parte de un comando del M-19, los planes que fallaron, la entrada en el

Palacio y, con una minuciosidad digna de admirar y que atrapa al lector, lo acontecido durante 28 horas, tanto dentro del Palacio como en los entretelones del poder civil y militar. Sobre todos estos aspectos se brindan detalles que contribuyen a esclarecer el significado de los acontecimientos, constituyéndose en un libro imprescindible sobre la historia contemporánea de Colombia.



Este trabajo tiene un mérito adicional, porque demuestra que la indiferencia y el olvido son el soporte de la impunidad, como ha sucedido en este país en los últimos decenios. Por ello, con amargura, la autora señala que a pesar de lo que estaba aconteciendo dentro del Palacio, que ardía en llamas, afuera del recinto “no pasaba nada”. No se paralizaron ni el comercio, ni las actividades privadas ni públicas, y en la noche del miércoles seis, mientras eran censurados los medios de comunicación, se transmitía en directo un partido de fútbol del campeonato nacional. Ese “no pasa nada” es el que ha permitido que, tanto sobre el Palacio de Justicia, como sobre gran parte de nuestra historia actual, reine un pacto de silencio y una “verdad oficial” sustentada en la falsedad y la impunidad que explica en gran medida lo que ha sucedido en el país durante los últimos veinticinco años. En otras palabras,

según la autora, la tragedia del Palacio planteó una pregunta fundamental: “¿por qué, en una democracia constitucional que tiene una tradición de elegir líderes civiles, un país cuyas Fuerzas Armadas no conspiran para dar golpes militares, por qué es éste el país donde se libra la ‘guerra sucia’ más brutal del continente contra la oposición civil e inerte de un Gobierno que se llama democrático?” (pág. 342).

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Nada nuevo bajo el sol

Sindicalismo colombiano.

Iglesia e ideario católico, 1945-1957

Álvaro Oviedo Hernández

Universidad Andina Simón Bolívar,
Corporación Editora Nacional, Quito,
2009, 205 págs.

En un momento en que es evidente la crisis del sindicalismo y de las diversas organizaciones de los obreros se hace necesario investigar sobre diversos aspectos históricos del mundo del trabajo, para que ello ayude a entender los complejos orígenes de la situación actual de destrucción de las organizaciones independientes de los trabajadores. En Colombia, el campeón mundial de la violación de los derechos laborales, es todavía más importante estudiar aquellos temas que están ligados de manera directa con las raíces históricas de la intolerancia contra los trabajadores sindicalizados, que en gran medida nos remiten a lo que sucedió entre 1945 y 1957, cuando se consolidó, a punta de plomo y con el respaldo de pájaros y chulavitas, el sindicalismo clerical, una de cuyas banderas principales era la persecución de todos los que eran considerados como comunistas o sus aliados. Ese es el tema que pretende estudiar Álvaro Ovie-

do, con poco éxito, en el libro que comentamos.

En la introducción el autor menciona los aspectos teóricos y metodológicos que van a guiar la investigación, al señalar los conceptos básicos que va a emplear y los autores más importantes en los que se apoya, entre quienes destaca a Eric Hobsbawm y a Pierre Vilar respecto a sus precisiones sobre el sentido y alcance del término clase, en especial sus análisis sobre la clase obrera. Esta breve incursión teórica y metodológica es más o menos clara, pero lo que sí es muy confuso es la hipótesis, o conjunto de hipótesis encadenadas, que menciona y que de manera textual dice:

[...] en los sindicatos en el entramado de representaciones sobre su deber ser, su entorno y sus sentidos de pertenencia, lo dominante es el enfoque economicista y ‘apolítico’ de cuño religioso o partidista, de tendencia (¿?) por encima de los referentes de clase; en determinadas situaciones lo relativo a las condiciones de existencia como clase pueden estar en primer plano, en algunos sectores, por algún tiempo; el haber accedido a un comportamiento prioritariamente de clase en una situación, o serie de situaciones no garantiza que su comportamiento posterior esté signado por el mismo sentido de clase; bajo las mismas expresiones organizativas se presentan diferentes actores, con diferentes correlaciones de sus sentidos de pertenencia en diferentes momentos y espacios; el proyecto católico se hace hegemónico en este período (¿?) en el movimiento sindical, vinculado a las dictaduras y a la Guerra Fría, sin lograr un triunfo definitivo sobre la propuesta de una central clasista. [pág. 18]

Al parecer son cinco hipótesis, que se exponen de una forma muy curiosa y que cada una de ellas, se supone, corresponden a cada uno de los capítulos del libro. Al final, el autor no indica si esas hipótesis fueron demostradas o revaluadas en la investigación. Se esperaría que, para